

PASIONES

Gloria Pampillo

Desde ayer, una mujer tambaleante, vestida de negro, anda por el pueblo. Es tan alta que su cara arrasada por las lágrimas se asoma a los primeros balcones. La llevan en andas. Las mujeres que están conmigo me hicieron notar que la Dolorosa ya no tiene sobre el pecho la golilla blanca. Ahora va toda de negro, trepando por las calles de Frigiliana, tan intrincadas y abruptas que debieron construirlas con escalones de piedras.

Acá, en este pueblo, se hicieron fuertes los moriscos y se dio la batalla decisiva. En las paredes doce placas de azulejos narran la historia. Primero se enumeran las afrentas: les mandaron dejar el habla morisca, el hábito, les vedaron los baños, los cantares, fiestas, bodas y cualquiera juntas de pasatiempo. Los moriscos atacaron una venta y mataron varias personas. Entonces, llegó la represión. Fueron presos, cargados de cadenas y sometidos a tormentos. En la cuadrícula blanca son siete los moros torturados. Uno está colgado de las manos. A su lado, otro tiene las piernas aprisionadas en un cepo. Otro yace sobre la espalda y el más cercano es azotado. Ese hombre tiene piernas de cadena o de insecto; es un medio hombre: la falta de espacio en el mosaico llevó a representar lo que logra el tormento. Mientras la procesión asciende, los fanales dejan caer goterones de cera. Dentro de dos días, más abajo, en la calle mayor, las cubiertas de los autos van a chirriar sobre las piedras, pero ahora lo que se oye es el golpe de los largos bastones que los portadores de la imagen llevan en las manos. Cuando los rinda el cansancio van a detenerse y sobre el extremo curvo de los sostenes de hierro apoyarán las andas.

No sé cuántas procesiones desfilaron debajo de estos balcones. Una pasó ayer a la noche, cuando ella iba detrás del hijo llevando aún su golilla blanca. Otra, fue esta mañana, pero los portadores llevaban sólo al crucificado sobre los hombros. Ahora, que ya comienza a anochecer, a ella no consigo distinguirla la cara. No es la luz. Un recodo de estas calles intrincadas la oculta. Va inclinada, con una mano tendida hacia adelante, como para alcanzar al hijo que la precedió y su gesto, desesperado, impotente, es más conmovedor que sus lágrimas. Se oye de pronto el golpe del hierro sobre las piedras. La procesión se detuvo y entonces, sí, me quedo mirando el negro manto de terciopelo sobre su espalda agobiada. Me desespera que la detengan. Cuando un dolor es como este, sólo se alivia andando como una loca por las calles. También esta mujer, como las de mi patria, camina en ronda.

Más tarde, es medianoche, ya sólo salen detrás de ella las mujeres. Visten todas de negro y Frigiliana apaga sus luces. Al comienzo, sólo veo la hilera de los fanales y el brillo escueto de las joyas, porque las mujeres de la Soledad no llevan túnicas. Todas, desde las ancianas hasta las más pequeñas,

que tienen seis o siete años, visten de fiesta. De nada tienen que arrepentirse. Acompañan en su desdicha a la madre. Ahora la procesión se ha detenido frente al mosaico de las moras. Una mujer desatada, furiosa, erguida, con un puñal o espada en la mano, tiene a raya a un cristiano que asciende por las escaleras para acuchillarla. A espaldas de este hombre hay otros tres, muertos o agonizando. Quizás fue esta misma mujer quien los hirió. Preferirá despeñarse por las peñas más agrias antes que venir en poder de los cristianos, dice la crónica. Como en una salvación hacia un cielo invertido, o como si la dibujante no hubiera querido modificar en nada el ascenso a los cielos, la mora, esa misma mora que dentro de poco va a saltar la murallas, caerá con los brazos abiertos y su vestido estático no va a plegarse sobre su torso y su cabeza desnudando el cuerpo, sino que seguirá cubriéndola hasta los pies, hasta un pie pequeño, el izquierdo, que asoma bajo el ruedo inverosímil, alto en el aire. Su bella cara morisca dará contra la piedra. Ella preferirá despeñarse, como lo ha hecho ya otra mora, antes que ser decapitada dentro del recinto. Pero tampoco la que será decapitada se entrega pasiva a la muerte. Aferrada por los cabellos se retuerce para librarse del verdugo, con los brazos abiertos y curvados, las piernas abiertas, siempre cubiertas por el vestido, y se mantiene en el aire como si las finas líneas de la cuadrícula del mosaico le vinieran en ayuda, más pájaro que insecto. Y por fin hay otra arriba, a la derecha, un trazo muy sutil que huye saltando como cabra de peña en peña, narra la crónica, con su hijo sobre los hombros. La que tiene la espada en la mano ha quedado frente a frente con la Dolorosa. No van a decirse nada, no pueden, porque una es un mosaico plano y la otra una cara de cera y el resto tela, un maniquí de madera. Las mujeres de la cofradía de la Soledad, atentas a la ceremonia, y las más jóvenes de la cofradía, atentas a su vestido, ya no las miran. Pero las niñas sí. Las niñas de la cofradía y las niñas como Sarita, que se asoma ahora a mi lado en el balcón, miran a las dos mujeres. Les gusta más la mora trepada en lo alto de las escaleras de Frigiliana que la Dolorosa. Las moras clavan el puñal, se retuercen, saltan como cabras, planean en el vacío, trepan como ellas a los árboles de nísperos mientras que esta otra mujer anda siempre desesperada y eso, cuando la llevan. Pero no hay procesiones de moras que anden por el pueblo con una palmatoria en la mano. El domingo Sarita llevará un vestido de listas azul turquesa y coral, estampado con pequeños ramilletes de rosas sobre la tela brillante, ceñido a la cintura con un lazo azul. Ahora, con sus pantalones rosados y su jersey vibrante, tiene todavía el olor de todos los días, un olor a cuerpo de niña que jugó en el huerto a las muñecas y fue a la compra con sus tías. Sara inclina más y más su precioso perfil con los ojos muy abiertos. Mira a una niña que va con la cofradía. Sara nació aquí, en Frigiliana, en lo que llaman el Barrio Arto. Es una de las niñas a las que el exilio de la madre ha hecho nacer en España. A estas mujeres les han nacido unas hijas extranjeras. Cuando hacen sus deberes, calculan sobre el mapa la distancia de Oviedo, de Murcia, de Cáceres. Su patria es este cuadrado irregular que se asemeja a la piel de un toro extendida. Nadie sabe por qué Sara habla en andaluz y allá, en Madrid, Julieta se

defiende en un castellano castizo. Tienen otra voz, otra entonación, otro andar. Se mueven por las calles casi sin observar nada porque todo les pertenece. Cuando sus madres las reprenden y ellas contestan “¿Y tú que sabes?” la pregunta desasosiega. Si Clara contesta “Lo sé porque soy tu madre” los ojos de Julieta se vuelven una piedra opaca. Lo que su madre sabe lo aprendió allá, lejos, de una abuela que fue su vasalla. Ahora Susana le dice a Sara que cierre las puertas del balcón porque ya hace frío. Sara no contesta. Susana repite la orden, distraída, hasta que al fin el silencio de las otras mujeres que estamos en la habitación le indica que debe hacerse obedecer. “Cerrá la puerta y entrá, te dije, no me oís?” grita Susana. Sara se da vuelta, se planta, extiende la mano. Sus dedos de niña revolotean como los de una bailadora ante los ojos de la madre. “¿Qué es eso que estás tú diciendo, a vé?” pregunta y pone los brazos en jarras. “¿Qué es eso que hablas?” Por el balcón aún abierto suben ahora las voces de las mujeres que consuelan a su madre tambaleante. Sara cierra el balcón. Luego dice que el año próximo ella irá con la cofradía.

Gloria Pampillo